

—Bien: ¡y de aquí en adelante  
Me obedecereis!—; Lo juro  
Por mi honor!

—Venid pues," dijo el anciano.  
Y de una linterna oculta  
Haciendo lucir los rayos,  
Que las tinieblas alumbran,

Abrió la ferrada puerta  
De la mezquina casucha,  
Y al portal angosto entraron,  
Dejando las hojas juntas,

Detrás Tellez, y él delante,  
Como dos sombras confusas,  
Quedando la callejuela  
Muda como antes y á oscuras.

## CAPITULO IX.

## I.

## ESPERANZAS.

Como el cansado náufrago  
Que en tempestad bravia,  
Lucha en las olas turbidas,  
Cercano á la agonía;  
Y la impotente mano  
Esfuerza el triste en vano,  
Mas que rendido, trémulo  
De susto y de pavor;  
Mas si de pronto fúlgida,  
De próxima ribera  
Brilla una luz, el ánimo  
Recobra que perdiera,  
Y el brazo ya rendido  
Al mar tiende atrevido,  
Nadando en curso rápido  
Al faro salvador:

Tal en el hondo piélago  
Del mar de nuestra vida,  
Cuando del mal la indómita  
Tormenta embravecida,  
Ruge con furia insana  
Contra la raza humana,  
Fluctúa el hombre, fervido  
Ansiando por morir.  
Mas si á deshora, límpida  
Cual la naciente aurora,  
Surge de pronto al mísero,  
Del bien anunciadora,  
Iris de eterna alianza,  
La plácida esperanza;  
Con nuevo brio esfuérase  
El triste por vivir!

Sin tí, dulce esperanza, compañera,  
Del hombre, en este mundo engañoso,

¡Cuán poca la virtud! cuán poco fuera  
El genio á sostener vuestro valor!

Tú eres el don mas alto que del cielo  
La mano del Criador hizo al mortal;  
Todo perece en nuestro triste suelo,  
Todo, menos tu influjo celestial.

Hija de Dios, de su bondad esencia,  
Eres blanda como él, como él divina;  
Del sumo manantial de su clemencia,  
Brotaste, pura fuente cristalina.

Bálsamo del dolor inconsolable,  
Brisa refrigerante en la agonía,  
Eres al poderoso y miserable,  
Lo que á los campos es la luz del día,

La luz que alumbró, el fuego fecundante  
En el cual la creación enardecida,  
Se ostenta fuerte, hermosa y rozagante,  
Llena de gracia, y juventud, y vida.

Contigo, alma esperanza, el mar del mundo  
Animosos surcamos los mortales;  
Que crudo no hay dolor, ni mal profundo,  
Do viven tus consuelos celestiales.

Y en el abismo del dolor eterno,  
Mansion del torvo arcángel maldecido,  
Si penetraras tú, no hubiera infierno;  
¡Que solo es infeliz quien te ha perdido!

## II.

## ESPLUJACIONES.

De la pequeña linterna  
A la luz incierta y pálida,  
Van entrambos caballeros,  
Tellez detras, delante Alba.  
Y atravesando el oscuro  
Corredor, y la empinada  
Escalera, suben ambos  
Sin hablar una palabra;  
Que cuando los pensamientos  
Se enseñorean del alma,  
Como mas se siente entonces,  
Menos entonces se habla.  
Al fin el viejo una puerta  
Abrió, y en estrecha sala,  
De muebles y colgaduras  
Bastante pobres ornada,  
Entraron, y en una silla  
Dejando el viejo la capa,  
Y ofreciendo á Tellez otra,  
Con dura y triste mirada:  
"Ahora bien, Don Pedro, dijo,  
Ya escucho vuestras palabras.  
El joven, con gran mesura,  
Aunque en voz robusta y clara,

¡Sois todo un hombre, Don Pedro!  
¡Flor-del-Alba! ¡Flor-del-Alba!

## III.

## FELICIDAD.

Bello es el astro rey del claro día;  
Bellísima su luz fecundizante;  
Bella es la reina de la noche umbría,  
Con su pálida luz, su brillo amante;  
¡Pero mas bella aún, mas seductora,  
Es la mujer que el corazón adora!

Bello es el césped del ameno prado;  
Bellas son del pensil las gayas flores,  
Y el campo de la nieve, nacarado,  
Y del frís los fúlgidos colores;  
¡Mas mil veces mas bella, mas querida  
Es la mujer amor de nuestra vida!

Dulce es oír sonando en la espesura  
Del céfiro la voz, como un gemido,  
Y el arrullo en que pinta su ternura  
La cariñosa tórtola en su nido,  
Y el murmurio apacible de las fuentes,  
Y el lejano mugir de los torrentes:

Y el rumor de las olas que golpean  
La embarcación que en calma va indecisa  
Cuando las lonas candidas flamean  
Al blando soplo de espirante brisa;  
Mientras allá en la popa, el marinero  
Alza al cielo su canto lastimero.

Y el canto de los tiernos ruiseñores,  
Y el confuso balar de los ganados,  
Y la voz de espartísimos cantores,  
Al compás de instrumentos acordados;  
Y las primeras voces de cariño  
Que trémulo pronuncia el tierno niño:

Y el cantar que compone mil cantares  
Confuso, inesplicable en su armonía,  
Que la tierra, y los vientos, y los mares,  
Alzan al Criador al fin del día . . . .  
Pero mas dulce aún, mas acordada,  
Nos es la voz de la mujer amada.

Grato al altivo corazón del hombre  
Es ganar por sí mismo fama y gloria;  
Muy grato es escribir su propio nombre  
En el eterno libro de la historia;  
Grato es nacer en elevada cuna;  
Gratos son el poder y la fortuna;

Gratísimo es salvar á un fiel amigo,  
Que á nosotros clamó en su mal andanza;  
Y aun mas grato humillar á un enemigo,  
Que inmenso es el placer de la venganza;  
¡Pero es mas grata aún y apetecida  
La posesión de la mujer querida!

Empezó de esta manera:  
"Cuando estuve en vuestra casa  
De Villaldemiro, os dije,  
Segun creo, por qué causa  
Iba huyendo decidido,  
De amigos, familia y patria;  
Seis meses hará que aquella  
Dama de régia prosapia,  
Que mi padre, mas amante  
Que cuerdo, me destinaba,  
Casó con un archiduque  
De la corte de Alemania;  
Y el mismo tiempo ha que os busco  
Por los ámbitos de España.  
Anteayer volví á la corte,  
Llena de dolor el alma,  
Y al borde, por Dios os juro,  
De una acción desesperada;  
Cuando esta tarde, por dicha,  
Descubrí en una ventana  
De esta casa al bien que adoro,  
A mi amor, ¡á Flor-del-Alba!  
No queráis, pues, ser mas duro  
Que la suerte: ¡á nuestras ansias  
Os rendid!

—¿Quién? . . . . ¡Yo, Don Pedro,  
Cometer la acción bastarda  
De unir á sangre enemiga  
La sangre de mis entrañas?  
Mal me conocisteis, jóvenes;  
¡Nunca perdonan los Albas!  
Y antes prefiero ver muerta  
A mi Flor idolatrada,  
Que consentir ¡duro oprobio!  
En que se unan nuestras razas."  
—¡Pero, señor!

—¡Nada escucho!

—Pensad . . . .

—Pienso que fué harta  
Mi bondad. ¡Queréis que olvide  
Tanta sangre derramada? . . . .  
—Se derramó en buena guerra.  
—La fortuna hereditaria  
De mi Flor, que vuestros deudos . . . .  
—Os la devuelven intacta.  
—¿Cómo?

—Mirad estas letras;  
Para vos fueron selladas,  
Y detras de vos corrieron  
Conmigo, por toda España.  
En ellas, el rey Felipe  
Quinto os devuelve su gracia,  
Vuestros títulos y honores,  
Vuestras haciendas y casas;  
Mi padre y yo, esto pedimos  
Para vos al buen monarca;  
Ved si consentís ahora  
En mi unión con . . . .

—¡Flor-del-Alba!  
Gritó gozoso el anciano,  
¡Flor, Flor! . . . . Ven aquí, muchacha;  
Despierta y vistete presto,  
Que gran sorpresa te aguarda!

¡Amor, amor del alma inmaculado,  
Raudal copioso, en la virtud fecundo,  
Don del Omnipotente, el maspreciado,  
Sumo poder, generador del mundo!  
¡Cuán feliz quien de tí no desespera  
A la mitad de la vital carrera!

Tú solo siembras de olorosas flores  
El áspero sendero de la vida;  
Al que sostienes tú, ¿qué los rigores  
Son de varia fortuna, maldecida,  
Si basta á guarecerle el seno amante  
De la mujer, en su favor constante?

## IV.

A las voces del anciano  
Acudió Flor, presurosa,  
Y al ver á Tellez, el alma,  
De placer llena y zozobra,  
Quedóse estática, muda,  
Entre risueña y llorosa.  
Turbado también Don Pedro,  
Al ver la mujer que adora,  
Presentarse ante su vista,  
Mucho mas que antes hermosa,  
Allá entre dientes balbucía  
De política una fórmula;  
Hasta que el viejo, impulsando  
Suavemente á su hija absorta,  
Dijo al dichoso mancebo:  
"¡Y bien! abraza á tu esposa!"  
Y las dos almas amantes,  
Que el placer casi acongoja,  
Creyendo un sueño su dicha,  
A un tiempo rien y lloran:  
Sus alientos se confunden,  
Sus labios casi se tocan,  
Mientras que el prudente viejo,  
Conociendo que incomoda,  
Vuelto á las pobres paredes,  
En sordo y ciego se torna.

—¡Ay Tellez! . . . —¿Por qué suspiras?

—Aquella mansion dichosa  
En que por la vez primera  
Te ví . . .

—¿Qué? —No es nuestra ahora.

—¿Por qué? . . . —Vendíola mi padre.

—Mas la compró otra persona.

—¿Quieres volver? —Si es agena . . .

—¿Y si esa razon no importa?

—¿Cómo así?

—¿Porque es de un dueño

Que con el alma te adora!

—¿Qué? el castillo . . . ?

—Y sus terrenos,

Son tu regalo de boda.

—¿Iremos allá?

—Muy presto.

—¿Cuándo?

—¡A la próxima aurora!

## CONCLUSION.

Serena, embalsamada, fresca y pura,  
Es del florido Abril una mañana;  
El padre Sol, de la celeste altura  
Con magestad esplende soberana;  
Y el aura que se queja en la espesura,  
Y de avejillas mil turba galana  
Que pia blandamente entre las flores,  
Celebran la estacion de los amores.

¡Salve, tres veces salve, primavera,  
Estacion del amor, yo te saludo!  
¡Cuán to ¡ay! por tí esperando desespera  
El mendigo infelice, que desnudo  
Juzga eterna del tiempo la carrera,  
En los rigores del invierno crudo;  
Y á tu dulce calor vuelve á la vida,  
Y el duro padecer acaso olvida!

Tú vistes con tu manto de verdura  
El monte y la llanura, el bosque y prado,  
Devuelves al arroyo su tersura,  
Al céfiro su aliento embalsamado;  
Tú en nuestro corazon, de la ternura  
Vivificas el fuego ya apagado;  
¡Que al presentarse mi estacion querida,  
Vuelve el mundo al amor, vuelve á la vida!

Yo te saludo, sí; mi humilde acento  
Se pierde en la vastísima armonía  
Que alzan la tierra, el mar y el vago viento,  
Cuando destierra el sol la noche umbría:  
¡Cuán grato es escuchar aquel concanto  
Que al espirar del moribundo día,  
Aíza á su Dios la creacion entera,  
Grata por tí, mi gaya primavera!

Todo tiene una voz: el bruto, el ave,  
Las ramas, y las flores, y el capullo;  
Mugen del mar las olas en voz grave,  
La fuente en placidísimo murmullo:  
Allá en las lonas de la inquieta nave,  
Espira de la brisa el blando arrullo,  
Y al cielo azul, en múltiple sonido,  
Del canto universal sube el ruido.

Bra de Abril florido una mañana  
Serena, embalsamada, fresca y pura,  
Y entre fajas de azul y de oro y grana,  
Brillaba el padre Sol en el altura:  
La clara fuente que entre guijas mana  
De una verde enramada en la espesura,  
De guija en guija alegre va saltando,  
Grato frescor á la campiña dando.

Y luego serpeando se estravia  
Por tortuosa y áspera vereda,  
Volviendo á aparecer so la sombría,  
Copada y amenísima alameda  
Que hácia un palacio fastuoso guia,  
Semi-oculto en la fértil arboleda,  
Y cuya planta el bosque así domina,  
Como el roble á la frágil clavellina.

Y encerrado en un marco de esmeralda,  
No lejos del espléndido castillo,  
De un empinado cerro en la ancha falda,  
Se mira un pintoresco pueblecillo:  
Y en la cima del cerro, y á la espalda  
Del pueblo, contrastando en lo sencillo  
Con el solar altivo castellano,  
Pobre se mira alzar, templo cristiano

Modesto, pero limpio:—en la blancura  
De sus tapias, imágen muy sencilla  
De aquella religion sublime y pura  
Que predicó el cordero sin mancha:  
En cambiantes vivísimos fulgura  
El sol vivificante de Castilla,  
Proyectando en los árboles añosos  
Que le cercan, mil discos luminosos.

El cerro y la llanura, cuanto abarca  
La vista en derredor, surge lozano  
En la antes aridísima comarca  
De aquel rincon del suelo castellano:  
Llano, y monte, y castillo, la honda marca  
Llevan de alguna poderosa mano  
Que mostrárseles quiso protectora,  
De su antiguo esplendor restauradora.

En torno del castillo, en mil cañadas  
Murmuran las corrientes cristalinas,  
Que corrian en turbidas quebradas  
Ha poco:—rubicundas clavellinas,  
Pálidas azucenas nacaradas,  
Renúnculos y rosas purpurinas,  
Cercan en derredor las mansas fuentes,  
Mirándose en sus linfas transparentes.

Por bajo los espesos emparrados,  
Y á la sombra de amenos bosquecillos  
De mirtos olorosos y granados,  
Gorgean mil pintados pajarillos:  
Triscan sobre la yerba de los prados  
Balando los inquietos cabritillos,  
Mientras tendido en la esmaltada alfombra,  
Los vigila el pastor allá en la sombra . . .

Y allá del cuadro en el fondo,  
El castillo se dibuja,

Cerrando la perspectiva  
Con su imponente estructura.

De su puerta, cuyas hojas  
Hasta entonce estaban juntas,  
Enlazadas de las manos  
Salen hasta dos figuras.

Un galan son y una dama,  
Esta de rara hermosura,  
De aquel, la morena faz  
Benigna á un tiempo y adusta,

Revela un pecho animoso  
Y un alma toda ternura;  
Y en su talle compitiendo  
Van fuerza y gracia confusas.

¡Cuán hermosa es Flor-del-Alba!  
¡Cuán extrema es la apostura  
Del enamorado esposo!  
¡Cuán to de ambos la ventura!

Andando van, y ni miran  
Las flores, ni el canto escuchan  
De las trinadoras aves,  
Que suena entre la espesura.

Uno al otro se contemplan  
Con atencion tan profunda,  
Que al mirarlos se diria  
Que son dos almas en una.

Apoya Flor en el cuello  
De Tellez, la diminuta  
Mano, mientras él rodea  
Con el brazo su cintura,

Humedecidos los ojos,  
No con lágrimas de angustia,  
Sino con el dulce llanto  
Del amor y la ternura.

Y sus labios se sonrien,  
Y por besarse se buscan,  
Y ella se embriaga en su amor,  
Y él se embriaga en su hermosura.

Mientras que allá entre la sombra,  
La faz del anciano oculta,  
Al contemplar tanta dicha,  
De gozo se desarroga.

Y en tanto el sol prosiguiendo  
Va en su carrera fecunda,  
Al traves de una mañana  
De Abril aromosa y pura.